

LA AMENAZA DE ASFIXIA

lerada de las sociedades extranjeras que explotan los yacimientos: los árabes tienen varias armas entre las que elegir. Armas de disuasión que influirán, sin duda, en el curso de esta cuarta guerra árabe-israelí. ■ JACQUES MORNAND.

● En la última reunión de representantes de los países productores árabes se ha tomado la decisión momentánea de aumentar en un 17 por 100 el precio del crudo y reducir paralelamente en un

5 por 100 mensual las exportaciones. Según las compañías, el aumento de los precios anunciado en la reunión de Kuwait equivale realmente a un incremento del 70 por 100 del precio de referencia fiscal, el llamado "posted price", válido a la hora de calcular los "royalties" que deben pagar las compañías a los países productores. Por otro lado, algunos países, entre ellos Argelia y Libia, han pedido el embargo total de los envíos de petróleo a los países occidentales.

Un embargo petrolero total equivale casi, en el plano económico, al arma nuclear en el estratégico. Pero presenta los mismos riesgos que éste en el plano de la escalada. Por otro lado, un embargo selectivo está prácticamente abocado al fracaso: una vez exportado, el petróleo es una mercancía como otra cualquiera, y nada resulta tan sencillo como cambiar la ruta a seguir o el punto de destino.



La Capilla siXtina

LA GUERRA

Me viene Marcos Antonio a casa y me pregunta como en un escopetazo:

—¿Has comprado patatas, judías, aceite, bacalao seco, tocino curado, jamones, arroz, vino?

—No.

—Cómprate veinte kilos de cada cosa sólida y veinte litros de cada cosa líquida y lo guardas en el sótano.

—No tengo sótano.

—Vaya, hombre. No eres lo que se dice un ciudadano prevenido. Ya nos arreglaremos. Venga. Sal a la calle y compra.

—No creo tener el suficiente dinero para comprar todo eso.

—Yo, después de comprar cuarenta kilos de cada cosa sólida y cuarenta litros de cada cosa líquida, me he quedado sin ahorros.

—Pediré un anticipo en TRIUNFO.

Me he plantado ante el administrador de TRIUNFO y le he pedido un anticipo. Pertenezco a esa mayoría de profesionales liberales que cobran con timidez de culpable y piden anticipos con complejo de depravados. Por fortuna no me lo ha regateado y he ido de compras con Marcos Antonio. Se había hecho con una furgoneta, y al llegar a la puerta de la calle de mi casa parecíamos repartidores de un supermercado.

Dos horas después mi piso parecía un almacén de Abastecimientos y Transportes. Oía a legumbre seca, a salazón de bacalao, al morboso perfume del tocino magro curado al humo, Marcos Antonio distribuía las mercancías según un plan racional que traía estudiado. Hemos tardado cinco horas en dejar las cosas ordenadas, y a fines del trajín nos sorprende Encarna, que siempre sube los escalones de tres en tres.

—¿Qué pasa aquí?

—Esta siempre baja del árbol. ¿Has comprado patatas, judías, aceite, bacalao seco, tocino curado, jamones, arroz, vino?

—No.

—Otra. Esta parece la escalera de los babiecas. ¿Y qué esperas, insensata?

—¿Ahora mismo?

—¡Ahora mismo! —le contestamos a dúo y con el ceño fruncido.

Encarna se nos va. Olmos sus decididos saltos por la escalera. De pronto se detienen. A continuación lo que olmos son sus zancadas de ascensión. Aparece en el dintel como la reencarnación misma del basilisco.

—¿De guasa no?

—¿De qué hablas?

—Que se quieren quedar conmigo y me mandan a hacer la compra. Y vaya compra. Ya son mayorcitos.

—Hablabamos en serio.

—¿Y por qué he de comprar yo todo eso?

Como me miraba a mí, he deducido que me pedía una respuesta. Entonces se me ha ocurrido que tampoco yo sabía por qué había que comprar todo eso. Me he vuelto hacia Marcos Antonio.

—El motivo no me lo has dado.

Marcos Antonio nos ha contemplado como se contempla a la gente más insensata de este mundo.

—¿No leéis los periódicos? La guerra. La guerra en la puerta de casa, y vosotros tan campantes.

—¿De qué guerra habla este gacá?

Marcos Antonio no ha tomado en cuenta el ataque verbal.

—De la árabe-israelí, insensatos. En cuanto escasee la gasolina va a haber una crisis europea de suministros.

Encarna ha gritado más que hablado. Nos ha recitado una cartilla intraducible en la que figuraba incluso la palabra especuladores, y se ha marchado dando un portazo. Marcos Antonio estaba algo humillado. Nos hemos quedado buscando con los ojos ese punto perdido que nunca se encuentra. Sin decirnos nada sabemos que los dos estábamos recordando las mismas escenas. Esas que pertenecen al primer encuentro dialéctico entre nuestro estómago y nuestro cerebro. Hace muchos, muchísimos años, pero, por lo visto, no los suficientes. ■